

EMILIA: EL FEMINISMO TRIUNFANTE

Por VICTORIA ARMESTO

EL último número de la revista «José Cornide de Estudios Coruñeses» está enteramente dedicado a la memoria de doña Emilia Pardo Bazán, y en él se recogen los discursos que en mi ciudad, y en 1971, le fueron dedicados con motivo de celebrarse aquel año el cincuentenario de su fallecimiento.

Hace pocos días, paseándome por los jardines coruñeses y en un instante de nostalgia, hice que un fotógrafo ambulante me fotografiara al pie de la estatua de doña Emilia.

Pienso yo que España nos ofrece pocos ejemplos equiparables al de esta singular mujer. Yo no sé qué es lo que se debe admirar más en ella, si su buena prosa, si su talento, si su cultura o si su valentía; pero, aun reconociendo la multiplicidad de sus dones, se me ocurre que lo más portentoso en Emilia ha sido su dominio del tiempo.

En setenta años de vida la sabia coruñesa pudo hacer lo siguiente: escribir una larga serie de novelas que son casi perfectas, y digo «casi» porque si se les inyectara unas gotitas de la ironía ecaqueirosiana serían perfectas del todo; escribir unos 1.500 artículos; escribir y redactar enteramente sola una revista de carácter enciclopédico que se defendía airoosamente de su propio título nacido de la emulación feijociana: «Nuevo Teatro Crítico»; escribir un sinfín de versos; escribir un sinfín de ensayos; dar conferencias, ser catedrático en la Universidad Central (con poco éxito, pues los estudiantes le hicieron el boicot y antes de entrar en el aula tenía que preguntar al asustado bedel: «¿Ha venido hoy algún alumno a clase?»); si venía, la daba; hacer de arquitecto y proyectista (véase el Pazo de Meirás), autora teatral, buena madre de familia (tres hijos), mujer de sociedad, excelente administradora y ama de casa experta en cocina, amén de realizar todas estas actividades Emilia aún tuvo tiempo para leer más que nadie, para viajar y... para amar (véanse sus cartas a Galdós).

Emilia - Antonia - Socorro - Josefa - Amalia - Vicenta - Eufemia Pardo Bazán y de la Rúa Figueroa, nacida en una casa del Riego de Agua de La Coruña el día 16 de setiembre de 1851 y fallecida en Madrid en 1921, parece elevarse para sostener la tesis por mí desarrollada hace unos días en un curso feminista en Vi-

go: la mujer no es débil; la mujer es tal vez más fuerte que el hombre.

Las «meigas» que la asistieron a la hora de nacer otorgaron a la joven gallega un cúmulo inesperado de gracias. Nació en familia «fidalgá» de largas raíces, tuvo muchísimo talento, gozó de las rentas suficientes para que, unidas a sus ingresos literarios, le permitieran vivir con una gran comodidad, fue en su juventud mucho más mona de lo que nos dicen los retratos de su madurez y si la existencia sedentaria, unida al chocolate con melindres de «Doña Mariquita» que tanto le gustaba, no la hubieran puesto como una vaca, sin duda que Emilia hubiera podido conservar la gracia endiablada de su primera juventud.

Quizá el secreto de la vitalidad y de la fuerza pardobazanesca radicaba —según muy bien ha explicado el marqués de Santo Floro, que la conoció de joven— en el hecho de haber tenido una salud a prueba de bomba. Resistía el chocolate de «Doña Mariquita» como resistía los xantares de los abades galaicos y todo lo que le echaran, porque jamás estuvo enferma, ni supo lo que era un dolor de cabeza o un desfallecimiento. Parece que la única enfermedad de su vida fue la que la llevó a la muerte.

Según me han contado tanto Francisco Vales Villamarín, que fue su secretario, y Leandro Pita Romero, que la conoció muy bien, el secreto de la copiosa producción pardobazanesca radicaba en su regularidad. Emilia cumplía con el dicho clásico: ni un día sin línea.

Sus padres, que no eran personas vulgares, comprendieron bien pronto lo que valía —Emilia fue hija única— y le permitieron instruirse a su antojo, Emilia se movió gentilmente a través de los clásicos y ya de niña leía en francés. Se ha criticado al matrimonio Pardo Bazán por haber permitido que Emilia se casara a los 15 con Pepe Quiroga, que tenía 18 y era estudiante de Leyes en Santiago de Compostela, pero no sé si hay mucha materia de crítica en el asunto. ¡Aquella larga

dosis de incipiente sexualidad en la joven Emilia! Ciertamente que en los retratos de los 15 años ya parece como si tuviera 25, y curiosamente recuerda algo a la joven Colette.

La recién casada Emilia, que compartía los ideales carlistas del joven marido, compartía igualmente los de las cigarreras de la fábrica de Tabacos de La Coruña (recuérdese «La Tribuna») quienes tenían a aquella excelente persona y buen soberano, el rey don Amadeo de Saboya, como especie de chivo expiatorio al que podrían ser atribuidos todos los males de España.

Peró fue el propio rey Amadeo quien legalizó el título pontificio que don José Pardo Bazán y So-moza —el padre de Emilia— había ganado en las Cortes de 1870 defendiendo los intereses papales.

Soy cada día más respetuosa con las debilidades ajenas, pero sospecho que los títulos pontificios siempre han provocado ciertas sonrisas irónicas entre mis burlones paisanos. Así el de Pardo Bazán no iba a ser una excepción, y ello explica por qué Emilia pasó unos buenos veinte años de su vida intentando que su título romano pasara a ser de Castilla.

Dalmiro de la Válgoma cuenta en la misma «Revista José Cornide» los avatares del título, que son muy sorprendentes. Primero

se lo dan a don José por defender al Papa; luego da la licencia Amadeo; cuando don Alfonso XIII recibió el consejo de amistar con los intelectuales, Emilia, que ya tenía un pariente ministro, consiguió al fin su con-dado. Pero la escritora pretendía la «conversión» de un título en otro, práctica inviable, y no se manifestó satisfecha cuando el rey le concedió la dignidad de «condesa de Pardo Bazán». Emilia insistió que, puesto que ya era condesa del mismo nombre pontificia, lo que deseaba para ella y sus descendientes era el título de «condesa de Cela» o «condesa de Torre de Cela» —un recuerdo de su lejísimo antepasado el último rebelde gallego Mariscal Pardo de Cela.

Como aquella extraordinaria mujer solo fracasó en el empeño de ingresar en la Real Academia Española, pues en todo lo demás siempre se salió con la suya, al fin, en 1916, el rey le cambió el título otorgado por el deseado «Torre de Cela», que Emilia luego traspasaría a su hijo Jaime.

—oOo—

Para todos los seres humanos el camino de la autorrealización está erizado de dificultades. Emilia no iba a ser la excepción. Después del escándalo provocado por la publicación de «La cuestión palpitante», Pepe Quiroga

se mostró rígido e inflexible: Emilia tenía que renunciar a escribir no solo obras polémicas, sino incluso obras no polémicas; exigió que Emilia dejara la literatura. Emilia decidió dejar a Pepe Quiroga y, juzgada «a posteriori», estuvo acertada en su decisión.

Su separación amistosa tuvo un carácter caballeresco muy impropio de nuestro exaltado país. Pepe Quiroga se retiró a su isla coruñesa (hoy legada por su hija Blanca a los huérfanos de Caballería) y Emilia se retiró a un Meirás que fue poco a poco transformando —con ayuda del arquitecto Lampérez y de Viollet le Duc— en una especie de fortaleza militar tipo A Frouseira.

Cuando estaban en sus respectivas casas ambos esposos levantaban pendón. Se hacían visitas ceremoniosas y don José Quiroga empleaba sus ocios tallando muebles, que es una ocupación muy de noble gallego. Que yo sepa han tallado muebles el marqués de Villaverde de Limia y el conde de Casa Pardiñas.

—oOo—

A los 44 años y en la plenitud de su talento, Emilia escribe «Los Pazos de Ulloa», en donde posiblemente retrata a su fiero cuñado Quiroga, a la desventurada esposa y a la concubina del mismo, y este libro estaba aún siendo ávidamente leído anteayer en la estación de Santiago de Compostela por un joven barbudo que, sumido en el mágico mundo pardobazanesco, ni siquiera se enteró de que el tren de Madrid llegaba con media hora de retraso.

Todo Valle Inclán ya está encerrado, ya palpita en «Los Pazos de Ulloa».

Con razón podría titularse su biografía: «Emilia, o el feminismo triunfante».

HOY SERA CLAUSURADO EN SANTIAGO EL CONGRESO DE CIRUGIA PLASTICA

Las últimas sesiones tratarán del rejuvenecimiento facial

SANTIAGO.—(De nuestra Delegación).

Continuaron durante todo el día de ayer las reuniones del Congreso de Cirugía Plástica, Estética y Reparadora que desde el pasado día 4 viene celebrándose en nuestra ciudad.

Las sesiones de trabajo de ayer consistieron en una masacoloquio sobre la enseñanza de la Cirugía Plástica, celebrada en la sala de juntas del hotel de La Toja a donde los congresistas y acompañantes se habían desplazado desde Santiago a primeras horas de la mañana.

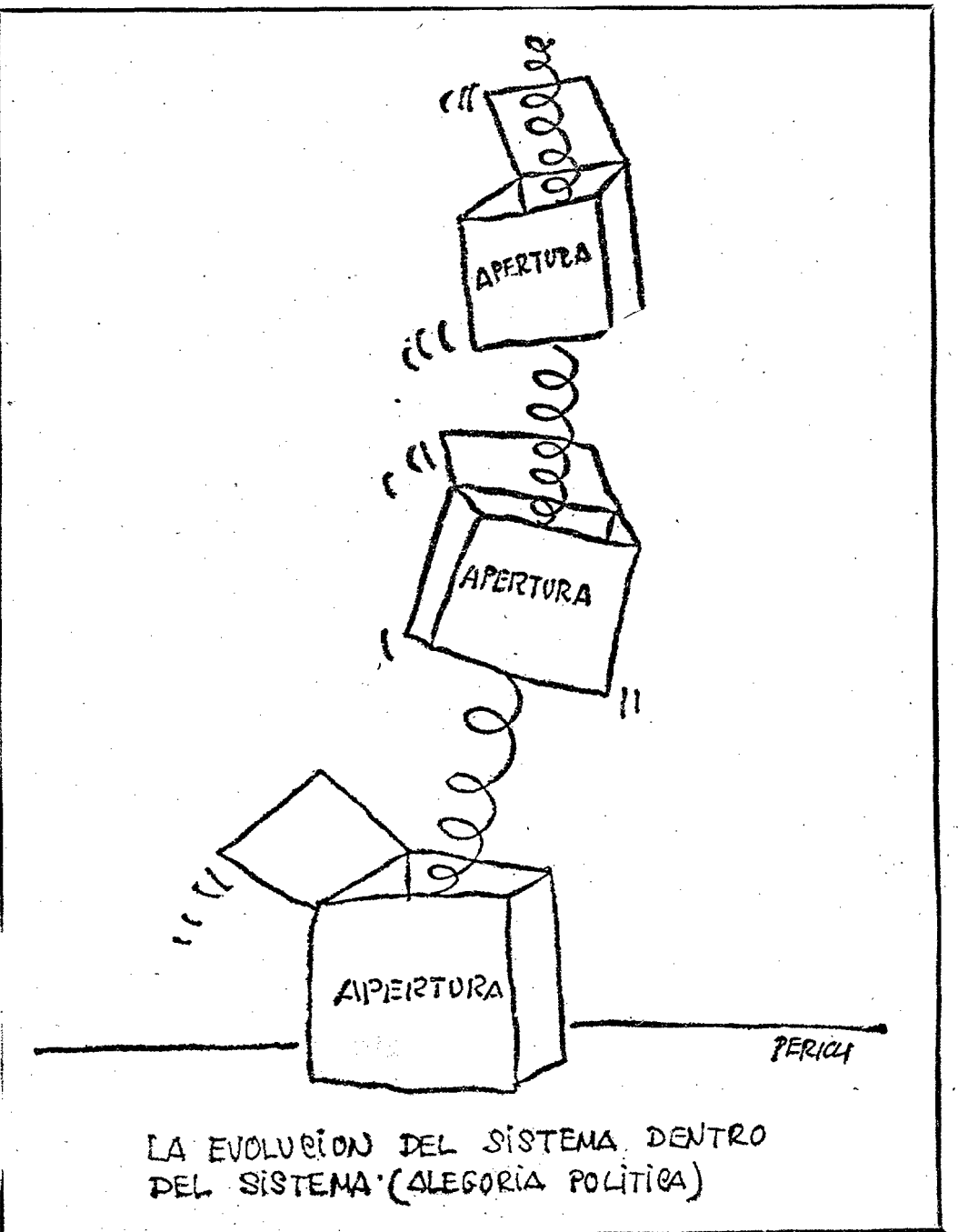
A las ocho y media asistieron a un vino español ofrecido a todos los participantes de estas reuniones por la Diputación Provincial de Pontevedra.

Hoy se clausuran estas jornadas de trabajo que en este último día estarán dedicadas a la Cirugía del Rejuvenecimiento Facial en sesiones de

nueve de la mañana y cuatro y media de la tarde, con un total de once ponencias que irán seguidas de comunicaciones libres por parte de los congresistas. A las once y media de la mañana tendrá lugar la proyección de las películas científicas: «Tratamiento del envejecimiento facial», del doctor Hinderer, de Madrid; «Rejuvenecimiento cérvico-facial en el hombre», del doctor Uribe Ormaechea, de Bilbao y «Rinoplastia», de los doctores J. Maiz Bescansa y E. González, de Santiago.

A las seis y media de la tarde tendrá lugar la Asamblea General de la Sociedad Española de Cirugía Plástica, Reparadora y Estética (SECPRE).

Las reuniones serán clausuradas hoy a las diez de la noche con una cena gala que tendrá lugar en el Comedor Real de los Reyes Católicos.



LA EVOLUCION DEL SISTEMA DENTRO DEL SISTEMA (ALEGORIA POLITICA)